

papel de corruptor, atacando y sorprendiendo la fidelidad de un ordenanza, llamado Mosés, uno de los acusados que está en vuestra presencia. Michel le hizo violar el depósito sagrado del cuaderno destinado á manifestar cada quince días á S. M. la situación de sus ejércitos; libro que colocaba en cierto modo al emperador en el centro de sus campos militares, y con el que, de un golpe de vista, abrazaba los pormenores, la disposición y las fuerzas de todo género con que podía contar para sus vastas operaciones: el ordenanza estaba encargado de llevarlo á casa del encuadernador, para que lo encuadernase, con objeto de presentarlo al emperador, habiéndose tomado las precauciones posibles para que nadie lo viera. Pues bien, Michel encontró el medio de verlo antes que el emperador, y de extraer de él todo el secreto de las operaciones militares, para darlo á conocer á potencias extranjeras; pero se observó también alguna lentitud en las diligencias ó pasos de Mirabeau, contados con escrupulosidad, y esta desconfianza dió lugar á que se nombrara otro nuevo vigilante. Michel, que no podía contar con esto, se decidió á seducir á Salmon, empleado en las oficinas de revista, y después á Saget, empleado en la de relevos. Ambos le exigieron el secreto, y Saget aumenta su crimen y su temeraria infidelidad, expiando los momentos que sus compañeros no estaban en las oficinas para sustraer con toda precipitación los borradores de las diferentes partes de la organización de los ejércitos, borradores que dejaban en las carpetas sus confiados compañeros, que estaban muy lejos de creer que á su salida serían llevados á casa de Michel por una mano perversa, que no contenta con extraerlos, los entregaba á su cómplice, el cual los copiaba durante la noche, inutilizando de este modo la prudente precaución de repartir entre varios empleados pliegos de un mismo trabajo, para que ninguno lo conociese íntegro. Así lograba Michel que Rusia supiese antes que nuestro emperador sus operaciones militares, el movimiento de sus tropas, el efectivo de los cuerpos y su colocación, las sucesivas promociones de los generales, su destino, en fin, todos los planes apenas concebidos por el emperador, antes de ver la luz y de ser expedidos y redactados, formando la Rusia sus planes sobre los nuestros mismos.

Afortunadamente, la Providencia que vela siempre de un modo tan manifiesto sobre los destinos del imperio, permitió que esta odiosa trama, en vez de producir la ruina de nuestros soldados, de nuestros hijos y hermanos, sirviera para confundir á sus mismos autores. El señor Czernicheff, fiado presuntamente en su talento para engañar y seducir, es quien ha suministrado la más auténtica prueba del pérfido papel que representaba en nación tan hospitalaria como la nuestra, cometiendo al partir el imprudente descuido de dejar en su habitación la última carta que Michel le escribió la víspera, y cuyo contenido es como sigue:

«Señor conde: Me abrumais con vuestras peticiones. ¿Puedo hacer por vos más de lo que hago? ¡Cuántos sinsabores me cuesta el merecer una pasajera recompensa! Os sorprenderá lo que mañana pienso entregaros: no salgais de casa hasta las siete. Son las diez, y en este momento dejo la pluma, después de tener ya pronto la nota de la situación que ocupa hoy el grande ejército de Alemania. Se está formando un cuarto cuerpo según es ya público, pero no tengo ahora tiempo para daros pormenores. La guardia imperial compondrá parte del ejército. Hasta mañana á las siete.—M.»

Esta carta está toda ella escrita de puño y letra de Michel y firmada con la letra M., inicial de su nombre. Así es, que el cielo ha permitido que la traición se delatase así misma. Me abstendré de formar un juicio prematuro sobre las reflexiones á que da lugar este escrito, pero no puedo menos de hacer observar ahora esta terrible y saludable verdad, que el que una vez fué traidor á su país, encuentra su primer castigo en la tiranía de los extranjeros á quienes se vendió. Sin consideración alguna á un hombre que con razón y justicia desprecian, exigen siempre de él tales sacrificios, que para satisfacerlos fuera preciso que se prestase á todos sus caprichos y que tuviese tantos medios como voluntad de ser continuamente perjudicial á su país.

Michel mismo podrá pintar al tribunal lo mucho que ha tenido que sufrir de la altivez y dureza del señor Czernicheff; él podrá decir que este extranjero le prohibía hasta el consuelo de reparar su conducta anterior, precipitándole sin cesar de abismo en abis-

mo; los crímenes de la víspera eran un título para exigir otro nuevo al día siguiente, y para no permitir que Michel se detuviese en su carrera; con esta pintura, que seguramente servirá de escarmiento, quiere Michel poner á salvo su conducta ó al menos suavizar el sentimiento natural de indignación y de desprecio que acompaña siempre á la venalidad y traición; pero el tribunal se convencerá de que á pesar de las inquietudes que agitaban á menudo al acusado, sabía sacrificarlas á su interés, y el que recibía le compensaba el abandono de sus más sagrados deberes y todos los peligros de su traición. Al llamar la atención del tribunal sobre sentimientos que por espacio de ocho ó nueve años han dirigido al acusado por la vía del crimen, estoy bien lejos de irritar sus pasiones y más aún de hacerle indiferente á la calma, sabiduría y grandeza de alma, que exigen necesariamente sus augustas funciones. Nada deseo añadir á cuanto ofrece de doloroso la situación del acusado Michel; al contrario, le excitaré á no dejarse dominar de su vergonzoso abatimiento. Si el crimen no se apoderó enteramente de su alma, si es cierto que es accesible á un sincero arrepentimiento, aún le queda un medio de excitar en su favor algún interés, haciendo abnegación voluntaria y valerosa de sí mismo pensando todo el mal que ha ocasionado á su patria, tratando de repararlo cuanto le sea posible, y manifestando, en fin, todos los que la vendían de consumo, bien les hubiese confiado el secreto, bien hubiese adivinado su inteligencia con los rusos, y el verdadero objeto de las noticias que les suministraba. Por medio de esta declaración expiatoria y por su constancia en la desgracia, en cuyo abismo se ha sepultado voluntariamente, y haciendo ver, en fin, que su alma abriga otro valor que el necesario para el delito, desviará sin duda á cierta distancia de su persona el desprecio y desesperación que persiguen sin cesar la memoria de un vil traidor, y que acompañan su nombre más allá del sepulcro.

En cuanto á los otros reos, Saget y Salmon, son asociados á Michel como cómplices de inteligencias con los agentes rusos; uno y otro quieren sostener que han sido harto desgraciados en haber ayudado materialmente á Michel en sus revelaciones patricidas, siendo al mismo tiempo juguetes de su perfidia.

Es cierto que sorprendió su sencillez haciéndoles creer que estaba encargado de la correspondencia de un proveedor y que solo trataba de ponerle en estado, de saber el movimiento de los ejércitos, por medio de indicaciones precisas para ejecutar con más puntualidad su servicio y evitar equivocadas direcciones y largos rodeos, en los que sin un objeto marcado podían perderse sus convoyes. Michel, hasta el día ha apoyado este medio de defensa de sus coacusados, asegurando muchas veces que ni Saget ni Salmon sabían el verdadero objeto de las instrucciones que les pedía, ni las infidelidades que les hacía cometer; el tribunal apreciará sin duda con su penetración el mérito de esta ingenuidad, para disipar respecto á este extremo tan importante, las nubes que puedan eclipsar la verdad.

Será preciso y esencial examinar con cuidado la naturaleza, número, extensión y variedad de las notas suministradas por Saget y Salmon, y en vista de su exámen, el tribunal juzgará si es posible que personas empleadas en el ministerio de la Guerra creyesen de buena fé que un proveedor necesitaria tales documentos. El mayor ó menor interés, premura y deseo de Saget y Salmon en servir á Michel, formarán un indicio del género y grado de importancia que daban al objeto de su funesta complacencia. El tribunal no debe tampoco despreciar las nociones ó noticias que pueda adquirir del carácter de los acusados, pues es cosa bien sabida que hay en la sociedad hombres más ó menos indolentes, crédulos y confiados, y que no pueden en este caso recaer sobre todos iguales suposiciones y sospechas; pero cualquiera que sea la opinión que el tribunal forme de la complicidad de Saget y Salmon, no debe perder de vista, en cuanto á las inteligencias sostenidas con los agentes rusos, la ganancia criminal que han tenido por actos ilícitos en sus empleos y no sujetos á salario, que es segundo objeto de la acusación y que deducido del primero es igualmente común al llamado Mosés.

Este cuarto acusado no es reo del crimen de alta traición, según resulta de autos y de los cargos que se le hacen: no es probable que Michel hubiese asociado á su confidencia á un mozo de oficina; su crimen, pues, se reduce á la admisión del dinero que

recibía de Michel por franquearle el cuaderno de estados sobre la situación general de los ejércitos, comunicación ilícita en sí misma y que acredita un abuso pernicioso de su destino. El tribunal calculará si los pretextos que dicen empleaba Michel para hacer consentir á Mosés en su infidelidad pueden justificarle.

Tales son, señores jurados, los principales frutos de la acusación: jamás el jurado ha sido llamado á pronunciar sobre intereses tan grandes ni ha sido honrado jamás con tan alta confianza; el crimen de que se acusa á Michel y compañeros como consecuencia de un convenio que constituía un hecho de espionaje, sujetaba á todos los acusados al juicio de una comisión militar, de un tribunal excepcional; pero tal vez la milicia de las potencias envidiosas se hubiese aprovechado de esta coyuntura para desnaturalizar y calumniar al tribunal militar, cuando siguiendo los trámites que se siguen, la verdad estará al abrigo de pérfidos ataques, obtendrá el respeto público que se le debe, cuando se vote por medio de vuestro órgano y por hombres que, como vosotros, están exentos de toda influencia. Si los acusados son inocentes; si Michel no ha sostenido relaciones con los agentes de Rusia, ó por escrito, ó por comunicaciones verbales; si no les ha revelado el secreto de nuestras expediciones; si para obtenerlo él mismo no ha seducido ó corrompido á varios empleados; si no ha sustraído ó hecho sustraer á otros los borradores de sus trabajos para saber por ellos las intenciones del emperador y comprometer así los destinos del mundo entero, el tribunal sabrá pronunciarlo, manifestándolo á Francia, á sus ejércitos, á la Europa, y en fin, á la misma Rusia; pero si desgraciadamente es cierto que fueron vendidos los derechos que se debían á la patria, no en vano habrá ésta depositado en vuestra fidelidad los intereses de su salvación. El tribunal, en fin, elevándose á la altura de sus augustas funciones, emitirá sin temor, sin prevención y sin debilidad la declaración, para siempre memorable, que le dicte la rectitud de su conciencia.

En su día, dirigió el señor Presidente á los acusados el siguiente interrogatorio:

*El señor Presidente.*—Michel, según resulta de la

acusación, habeis sostenido por dinero relaciones criminales con agentes de una potencia extranjera vendiéndoles y entregándoles secretos de Estado. Al principio guardásteis silencio acerca de vuestro crimen; pero vuestros recuerdos ó vuestro temor, ó el imperio de la verdad, os impulsaron á dar cuatro declaraciones sucesivas, desenvolviendo todos los pormenores de vuestras relaciones con los agentes rusos. Presentado ante el tribunal del señor consejero de la corte, encargado de la información del crimen, habeis completado, por decirlo así, dichos pormenores con vuestras explicaciones: en el día debéis, en honor de los señores jurados, del tribunal, y de vos mismo, hablar con claridad y contestarme con la misma franqueza á cuantas preguntas os dirija.

Al dejar en 1792 el servicio de la marina, fuisteis colocado en las oficinas del mismo ramo, y en 1794 pasásteis á las de la guerra, en las que estuvisteis sucesivamente en las secciones de veteranos, conscripción y movimientos de tropas. Despedido por cierta querrela de la sección del movimiento, fuisteis admitido en la administración de la guerra, división de vestuarios. En la sección del movimiento podíais conocer y conocíais el secreto de las operaciones militares: y colocado en las administraciones de la guerra, no teníais las mismas ventajas; pero sirviéndoos de vuestra cualidad de empleado os habeis sabido ganar á otros dos empleados, y un dependiente propio para auxiliar vuestras miras. Vuestras relaciones con los agentes rusos datan desde ocho ó nueve años, pues principiaron con el señor Oubril, secretario entonces de la embajada rusa. ¿No os pidió y obtuvo de vos el secreto de nuestra situación militar? ¿No os pidió y le entregásteis todas las noticias y notas sobre este particular? Las noticias y documentos que proporcionásteis debieran ser de gran importancia, si se juzga por el cuidado é interés que manifestó en llamaros el señor Oubril á su vuelta á Francia, y el que también manifestó al recomendaros á todos sus sucesores. ¿No le habeis hecho conocer en particular la situación de las divisiones militares de Francia y el número de tropas que se encuentran en el interior?

*Michel.*—Señor presidente: esta nota es efectivamente mía, pero hecha sin documento alguno de la

oficina; se me pidió el sábado, y el domingo por la tarde la tenía concluida, fijando los números por aproximación, calculé las fuerzas del imperio sobre una cifra imaginaria en hombres y caballos, Francia estaba dividida en veintisiete divisiones militares y adopté este número por divisor: cada división tenía igual número de infantería y caballería, pero teniendo un conocimiento exacto de los países en que abundaban más los forrajes, y de los puntos en que había mayor número de cuarteles, hice desaparecer esta igualdad disminuyendo ó aumentando á cada división más ó menos infantería y caballería. Este estado es obra mía en su totalidad, y así debo declararlo en obsequio de la verdad.

*El señor Presidente.*—Sí, pero vos érais entonces empleado de la sección de movimientos, y teníais, por razón de vuestro destino, todos los conocimientos necesarios para formar este estado y os habeis servido de ellos.

*Michel.*—No he llegado hasta ahí; fui franco en las revelaciones que hice á la justicia, y si hubiera cometido esa traición, no habría vacilado en declararla. Para dar una exacta noticia de la situación de las fuerzas del imperio, se necesitaba quince días de trabajo, y hubiera sido preciso que llevase los materiales á mi casa, y que sacase copia en horas distintas á las de oficina, y esto no lo hice nunca: el resumen que hice es el único trabajo que yo he dado.

*El señor Presidente.*—¿Habeis designado con precisión el número de tropas que guarnecían el interior?

*Michel.*—Si lo designé, fué aproximadamente, diciendo: Francia tiene trescientos ó quinientos mil hombres: dividí esta cifra por el número de divisiones militares é hice un reparto á cada una de ellas, aumentando caballería en las regiones de forrajes, é infantería en donde había más cuarteles.

*El señor Presidente.*—Habeis prestado cuatro declaraciones y sufrido un interrogatorio, y no veo que en ellos resulte que hayais dicho haber dado el estado por aproximación al señor Oubril, comprendiendo la situación de las divisiones militares de Francia y el número de tropas del interior.

*Michel.*—Mi turbación me impidió hacer aclaraciones en mis precedentes declaraciones, ciñen-

dome únicamente á los hechos; ninguna de mis contestaciones ha versado sobre el modo como hice los estados.

*El señor Presidente.*—En vuestras declaraciones decís: «el señor Oubril me suplicó le proporcionase algunas noticias que necesitaba; deseaba únicamente conocer la situación de las divisiones militares de Francia, y el número de tropas del interior; costóme mucho acceder á su petición, pero habiendo estrechado sus instancias el señor Oubril, le dí mi palabra; y unos quince días despues le remití cuanto me había pedido; en lo sucesivo hice lo mismo con notas de poca importancia; le ví de tarde en tarde, y áun pasaron meses enteros sin ir á su casa.»

Resulta, pues, que estos quince días de que acabais de hablar, son precisamente los que empleásteis y necesitásteis para formar el estado de la situación de las divisiones militares de Francia y del número de tropas del interior; semejante trabajo no pudisteis hacerlo por aproximaciones; todos los días iban á vuestra oficina, de donde las sacábais, las noticias que podíais necesitar.

*Michel.*—Esas son suposiciones: mi conducta está marcada en mis anteriores declaraciones.

*El señor Presidente.*—Al contrario, vos sois quien haceis suposiciones, y lo que acabo de decir es una suposición vuestra, repetida en todas vuestras declaraciones. ¿Qué os dió el señor Oubril?

*Michel.*—Me hizo copiar documentos que le eran personales y por ello me dió mil francos, como tengo declarado.

*El señor Presidente.*—¿Mil francos desde luego? ¿Y en junto, cuánto os dió?

*Michel.*—Yo había dicho que dos mil francos; pero creo en mi conciencia, que no recibí más que cien escudos de plata además del billete de mil francos.

*El señor Presidente.*—Recibisteis al principio por meras copias mil francos, y despues no mas que trescientos por haber descubierto la situación de las divisiones militares de Francia y el número de tropas del interior!

*Michel.*—Estaba turbado y me equivoqué cuando dije dos mil francos.

*El señor Presidente.*—Habeis repetido este pre-

tendido error en vuestras declaraciones, y especialmente en vuestra contestacion al interrogatorio: siempre habeis hablado de dos mil francos. ¿Cómo, pues, es posible que os hayais equivocado y que recordándolo mejor, resulta que no hayais recibido más que mil trescientos francos?

*Michel.*—Lo creí así hasta el careo que tuve con el camarero del señor Oubril, Wustinger, en cuya época recordé esta especie.

*El señor Presidente.*—En 1805 se declaró la guerra, y el señor Oubril partió de Francia llevándose las instrucciones que le disteis; vos mismo podeis apreciar las consecuencias de vuestros descubrimientos: hecha la paz, volvió á París el mismo señor Oubril. ¿Qué noticias os pidió y le disteis?

*Michel.*—Estuve cuatro años sin dar ninguna noticia á ningun individuo de la embajada: el señor Oubril me preguntó, por conducto de un tercero el nombre del jefe de seccion de los prisioneros de guerra; yo no di al señor Oubril ninguna noticia ni nota, y el señor fiscal general ha nombrado, sin duda equivocadamente, en su acusacion por segunda vez, al señor Oubril en vez del señor Nesselrode, no habiendo tenido con aquel ninguna relacion desde su marcha.

*El señor Presidente.*—Sin embargo, veo en el proceso, y parece probado, que el señor Oubril cuando volvió, ya hecha la paz, os pidió que fueseis á su casa y que le dieseis, como le disteis, notas relativas al movimiento de nuestras tropas.

*Michel.*—El señor Oubril vino á Francia momentáneamente, y no habiendo estado mas que tres ó cuatro dias, no pudo formar parte de la embajada rusa.

*El señor Presidente.*—El señor Nesselrode sucedió al señor Oubril en vuestras relaciones. ¿No os hizo aquel ir á su casa? ¿Y no os recordó los servicios que habeis prestado al señor Oubril, suplicándoos le hicieseis á él los mismos?

*Michel.*—Ya no estaba yo empleado en la seccion de movimiento.

*El señor Presidente.*—¿Habeis hecho ver ó pretendido que las noticias que comunicabais al señor Oubril eran de poca importancia! A la verdad, que el señor Oubril no os habria recomendado al señor Nesselrode, ni éste os habria llamado para hablaros

de los servicios que prestasteis y que debiais prestar, si no hubierais sido un hombre útil á Rusia.

*Michel.*—Acaso creyó que yo podia darle noticias útiles.

*El señor Presidente.*—¿Qué noticias y documentos proporcionasteis al señor Nesselrode? ¿No le disteis desde luego la lista de los oficiales superiores empleados en el ejército de Alemania, y despues el estado de la situacion de este mismo ejército?

*Michel.*—Es preciso que manifieste las circunstancias de este cargo que con franqueza confieso merecer: en la seccion de movimiento se lleva un libro llamado «libro de situacion,» el cual no es secreto, y en él están inscritos los nombres de todos los regimientos; todos saben el número de batallones de que se compone un regimiento, y el número de compañías, oficiales, sargentos, etc. Yo no di al señor Nesselrode copia alguna oficial que fuese secreta; el trabajo fué hecho y creado por mí; no negaré que en estos últimos tiempos he pedido noticias á Saget y que él me proporcionó los números de los regimientos, pero no sus fuerzas.

*El señor Presidente.*—¿Cuánto tiempo estuvisteis en relacion con el señor Nesselrode?

*Michel.*—Todo el tiempo de su permanencia en París; pero no desde los primeros momentos de su llegada; no puedo marcar exactamente la época, mas paréceme que dos años y medio ó cerca de tres.

*El señor Presidente.*—¿No os pagaba cada cuatro ó cinco meses cuatrocientos ó quinientos francos?

*Michel.*—Nunca hice ajuste alguno con aquellos señores; me correspondian segun su voluntad.

*El señor Presidente.*—Sin embargo de esto, habeis convenido en vuestra contestacion al interrogatorio, que el señor Nesselrode os habia dado por vuestros servicios unos quinientos francos cada tres ó cuatro meses.

*Michel.*—Lo confieso, pero nunca le pedí ni un céntimo, pues tardaba largo tiempo en verle: cuanto remití al señor Nesselrode no era oficial.

*El señor Presidente.*—Si recibiais cada cuatro ó cinco meses esa cantidad, erais un verdadero pensionista de Rusia.

*Michel.*—No tuve tal intencion, y menos la de sobrar criminalmente.

*El señor Presidente.*—Desgraciadamente todo depone contra vos. ¿Es posible no ser fiel á su patria y á su príncipe, sin ser criminal?

*Michel.*—No creía cometer un crimen al entregar semejantes notas; todas fueron hechas por mí, sacadas del cuaderno por la facilidad que tenia para proporcionármelo.

*El señor Presidente.*—El señor Nesselrode se ausentó momentáneamente de París. ¿Qué servicios le prestasteis en su ausencia?

*Michel.*—Solo la nota del Estado Mayor del ejército de Alemania, segun he dicho.

*El señor Presidente.*—Vos preparasteis, hicisteis y remitisteis bajo sobre el estado de las nuevas promociones de los oficiales superiores: llevasteis vos mismo este trabajo al palacio Thelusso; pero despues reflexionasteis mejor y fuisteis á recogerlo de poder del conserje.

*Michel.*—El efectivo estaba en blanco: lo rompí y arrojé al fuego.

*El señor Presidente.*—Cuando volvió á París el señor Nesselrode, ¿no lo visteis de nuevo, y no le proporcionasteis nuevas relaciones acerca de los oficiales, y aun otro estado de la situacion?

*Michel.*—No recuerdo este extremo.

*El señor Presidente.*—¿Y cómo es que convenisteis en vuestra contestacion al interrogatorio, que continuasteis viéndolo y entregándole nuevas notas sobre los oficiales, y tal vez otro estado sobre la situacion?

*Michel.*—Señor Presidente, lo hubiera hecho cincuenta veces, y del mismo modo, teniendo á mi disposicion el libro que era de todos; no he dicho jamás que habia copiado un libro destinado á S. M.

*El señor Presidente.*—¿En qué época salió de Francia el señor Nesselrode?

*Michel.*—No lo recuerdo.

*El señor Presidente.*—¿No os envió á buscar tambien el secretario de la embajada rusa señor Krafft, para suplicaros continuáseis con él en las mismas relaciones que con el señor Nesselrode, porque éste le dijo las instrucciones que le habiais suministrado?

*Michel.*—Sí, señor Presidente.

*El señor Presidente.*—¿No exigía de vos, cinco meses despues, relaciones mas activas?

*Michel.*—Es cierto, señor Presidente.

*El señor Presidente.*—¿No correspondisteis perfectamente á sus deseos accediendo á cuanto pedía? ¿No le disteis desde luego el resumen general de la artillería escrito por Salmon?

*Michel.*—Salmon debe contestar esta pregunta; ese trabajo no corresponde á mi estado, y creí que Salmon daría, como yo, un trabajo ideal y hecho por él mismo.

*El señor Presidente.*—Explicaos; el resumen general de la artillería habia sido hecho por Salmon. ¿Os lo dió Salmon y lo remitisteis vos al señor Krafft?

*Michel.*—Es cierto.

*El señor Presidente.*—¿No le remitisteis en Octubre último la copia hecha por Salmon de un estado de todos los cuerpos militares con arreglo á la masa de vestuarios y divididos por armas?

*Michel.*—Sí.

*El señor Presidente.*—¿No procurásteis tambien en Diciembre al señor Krafft un estado general del ejército de Alemania, dividido entonces en dos cuerpos bajo la denominacion de primero y segundo cuerpo de observacion del Elba, redactado y hecho por Salmon con las notas de la seccion de movimiento de tropas que comunicaba Saget?

*Michel.*—Debo hacer una explicacion sobre este trabajo: Saget me entregó lo que se llama un estado en blanco; el estado no acreditaba las fuerzas, y yo las anoté por un cálculo aproximado.

*El señor Presidente.*—El estado no acreditaba las fuerzas; pero vos suplisteis la falta, ó mas bien, la suplió Salmon. En breve interpelaré á éste. ¿Entregásteis en Enero al señor Krafft otra noticia sobre la colocacion y fuerza de varios cuerpos que debian formar parte del ejército de Alemania que se organizaba nuevamente?

*Michel.*—Sí, pero lo formé por el mismo sistema.

*El señor Presidente.*—Es decir, siempre por el conducto de Salmon ó de Saget. ¿No entregásteis al mismo Krafft en 15 de Febrero último, un cuaderno al que vos llamábais la grande obra?

*Michel.*—Es el mismo de que acabo de hablar, y que yo mismo hice.

*El señor Presidente.*—¿Por qué lo llamábais la grande obra?

*Michel.*—Para distinguirla de otros objetos.

*El señor Presidente.*—¿No os suministró Salmon para este trabajo las fuerzas de los cuerpos del ejército?

*Michel.*—El dió algunas: pero la mayor parte fueron imaginadas por mí; Salmon contestará sobre lo que él hizo en este trabajo.

*El señor Presidente.*—¿Sin duda trabajásteis siempre por aproximacion, ó en cierto modo por inspiracion?

*Michel.*—Si señor, y de ningun modo sobre documentos oficiales.

*El señor Presidente.*—¿Es decir, que compusisteis aquella grande obra sobre borradores ú hojas originales?

*Michel.*—Perdonad, señor Presidente: jamás me valí de semejantes documentos.

*El señor Presidente.*—¿Qué es lo que contenía esa grande obra?

*Michel.*—La division de los cuerpos del ejército.

*El señor Presidente.*—Pues lo que vos llamais grande obra, no solo contenía la organizacion del ejército en dos cuerpos, sino tambien en cuatro, y entregásteis el estado y cuadro de esta organizacion, excepto la del cuarto cuerpo.

*Michel.*—Posteriormente se unió el tercer cuerpo dado por Saget.

*El señor Presidente.*—¿De modo que esta grande obra contenía la composicion de tres cuerpos?

*Michel.*—De tres cuerpos que me fueron comunicados sin el efectivo de sus fuerzas.

*El señor Presidente.*—¿Cómo, pues, se hacía mencion de las fuerzas de cada cuerpo?

*Michel.*—Esta enumeracion fué completada por Salmon aproximadamente en cuanto no había podido informar Saget, que estaba en disposicion de suministrarme el todo, y hubiera podido dármele si él hubiera querido ó yo exigido: pero me entregó un estado en blanco, y los regimientos sin sus fuerzas.

*El señor Presidente.*—¿Entregásteis esa grande obra al señor Krafft en el cuarto de Wustinger, conserje del Palacio de la embajada rusa?

*Michel.*—Sí, señor Presidente.

*El señor Presidente.*—¿No recibisteis entonces del señor Krafft una cantidad de seis mil francos?

*Michel.*—Me la entregó sin pedírsela yo: así lo he declarado con toda franqueza.

*El señor Presidente.*—Sin duda que debió concebir una gran idea de tal trabajo, cuando os lo pagó tan generosamente.

*Michel.*—Me la dió espontáneamente, y sin exigirme ninguna retribucion.

*El señor Presidente.*—A pesar de esto no quedásteis muy contento con esta suma, segun le hicisteis ver á Wustinger.

*Michel.*—No recuerdo esta circunstancia, y si he dicho algo...

*El señor Presidente.*—¿No disteis á Juan Wustinger una gratificacion de los mismos seis mil francos?

*Michel.*—Recibió mil francos de mí, pero no los seis mil.

*El señor Presidente.*—¿Qué suma recibisteis con todo del señor Krafft?

*Michel.*—Siete mil francos á lo más, y tal vez digo mil francos mas de lo que me había entregado.

*El señor Presidente.*—¿Qué total habeis recibido de todos los agentes rusos?

*Michel.*—Uuos veinte mil francos.

*El señor Presidente.*—Mientras trabajábais con el señor Krafft serviais tambien á Czernicheff: ¿con qué pretexto se os presentó este agente?

*Michel.*—Bajo el pretexto... (la contestacion no fué oída).

*El señor Presidente.*—¿Quién os presentó al señor Czernicheff?

*Michel.*—Juan Wustinger.

*El señor Presidente.*—Fué el señor Oubril.

*Michel.*—Yo calculo que éste en sus viajes le habló de mí, pero Juan fué el que me presentó al señor Czernicheff.

*El señor Presidente.*—¿Cómo, pues, teneis dicho que fué Oubril el que os presentó?

*Michel.*—Wustinger no ha dicho que el señor Oubril me hubiese presentado al señor Czernicheff.

*El señor Presidente.*—Vos mismo sois el que lo ha declarado formalmente.

*Michel.*—Continúo creyendo que fué Wustinger.

*El señor Presidente.*—¿No os propuso el señor Czernicheff que le comunicáseis sin que lo supiera el señor Krafft las mismas noticias y documentos

que le remitais á éste? ¿No le remitisteis los mismos documentos que á Krafft, en particular la grande obra? ¿Czernicheff, no tomaba notas y sacaba copias?

*Michel.*—Solo apuntó los nombres de algunos oficiales superiores.

*El señor Presidente.*—Pongo á la vista de los señores jurados vuestra carta al señor Czernicheff: «Señor conde: vos me abrumásteis, etc.» Al presentaros esta carta la habeis reconocido. ¿Qué respondeis acerca de ella?

*Michel.*—Anteriormente había sacado una copia del estado de la guardia imperial, que siendo ilegible y estando mal escrita, volví á escribirla y remitirla al señor Czernicheff.

*El señor Presidente.*—¿Cuál era la recompensa que os ofrecia?

*Michel.*—Señor, era imaginaria: yo entendia la promesa de una pension.

*El señor Presidente.*—¿Promesa que se os hizo por servicios bien importantes!

*Michel.*—Pero jamás he contado con ella.

*El señor Presidente.*—¿Pero cuando se os ofreció la rehusasteis? Al contrario.

*Michel.*—Señor Presidente, me he visto comprometido por todos lados en términos que no pude negarme; pero no creia cometer un crimen.

*El señor Presidente.*—¿No os hicisteis, para el señor Czernicheff, con el estado general de la situacion de los cuerpos de todas armas, que componian la guardia imperial? ¿Y no se lo entregásteis?

*Michel.*—Era tal el modo con que me atormentaba é importunaba, que emprendí este trabajo por verme libre de él.

*El señor Presidente.*—¿Hicisteis este trabajo durante la noche?

*Michel.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿Lo copiásteis del borrador que sustrajo Saget de la oficina para vos?

*Michel.*—No fué Saget, yo lo tenia anteriormente.

*El señor Presidente.*—¿No entregásteis este trabajo al señor Czernicheff el mismo dia de su salida para Rusia, 26 de Febrero?

*Michel.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿No os dió la comision de

seducir á alguno de los empleados de la seccion del Estado Mayor del ejército de Alemania?

*Michel.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿No estabais autorizado para conseguir la corrupcion del jefe de la seccion, y para ofrecerle cuatrocientos mil francos?

*Michel.*—Sí, señor Presidente.

*El señor Presidente.*—¿Lo hicisteis? ¿Por qué no lo hicisteis?

*Michel.*—Porque mi conciencia me lo prohibia; si lo hubiera intentado hubiese degradado entonces la calidad de francés.

*El señor Presidente.*—¿Tal comision y autorizacion suponen grande confianza en vos!

*Michel.*—Cualquiera la habria aceptado.

*El señor Presidente.*—¿Creisteis que era un paso imposible?

*Michel.*—No puede suponerse que fué yo capaz de darlo.

*El señor Presidente.*—Segun decís, habeis recibido del señor Czernicheff de tres á cuatro mil francos; durante ocho ó nueve años habeis sostenido relaciones con cuatro agentes de Rusia: y por cuantas revelaciones hicisteis, por todos los servicios que les prestasteis, ¿no os han dado mas cantidad que la de veinte mil francos! Esto no es creible.

*Michel.*—En el espacio de cuatro años, hubo una interrupcion de tres; permitidme, señor Presidente, una observacion. ¿Cuál fué la causa de mi despedida de la oficina del movimiento de tropas? Una querrela con un empleado que me había prestado una cantidad de 367 francos (ó 167 francos), que no podía devolverle y que prueba el triste estado en que me hallaba.

*El señor Presidente.*—¿Qué sueldo teniais?

*Michel.*—Dos mil francos.

*El señor Presidente.*—Pero haciais grandes gastos: ¿viviais con lujo!

*Michel.*—Estos medios mejoraron mi posicion.

*El señor Presidente.*—¿De los veinte mil francos de los agentes rusos, colocásteis quince mil en fondos del Estado?

*Michel.*—Sí, señor Presidente.

*El señor Presidente.*—¿Con los réditos de este capital de quince mil francos y vuestro sueldo de dos